

## LIBROS.



DOMÈNEC UMBERT

El narrador y enigmista Màrius Serra, en un banco de la Plaça Caramelles del Raval.

## En el país donde Llullu corre y correrá siempre

Llullu, Lluís en el DNI, padece una parálisis cerebral severa que le vela el habla, la movilidad, el entendimiento. Su padre, el ludolingüista Màrius Serra logra con 'Quieto', la crónica no cronológica de sus siete primeros años, toda una proeza narrativa: que Llullu corra y jamás olvide lo que no puede recordar

### \* MATÍAS NESPOLO

Contar una historia siempre comporta sus riesgos. Hasta el más lúdico narrador de ficción lo sabe. Cada historia exige la responsabilidad de quien la escribe para consigo misma (con su coherencia y fidelidad) y para quien la lee. El que escamotea esa responsabilidad se atiene a sus consecuencias.

Si la historia es real, los riesgos son mayores. Y si además, no tiene un pelo de amable, bordea la confidencia y expone emocionalmente al narrador y a sus seres más queridos al límite, ya no se trata de una historia, sino de un triple salto mortal.

De algo de eso sabe Màrius Serra (Barcelona 1963), aunque hasta la fecha sus saltos mortales habían sido sólo lingüísticos. Poco, sin embargo, de la no ficción, si exceptuamos algún pasaje de *De com s'escriu una novel·la*. Amante de la dimensión tropical del lenguaje —es decir, de los tropos— Serra es, además del consagrado enigmista autor de *Verbalia: juegos de palabras y esfuerzos del ingenio* y de más de 6.000 crucigramas, el narrador de ficción que se llevó el Premio Ramon Llull 2006 con *Patraña*. Ahora el ludolingüista se juega la piel con *Quieto* (Anagrama en castellano, Empúries en catalán), una crónica real de los siete primeros años de vida de su segundo hijo, Lluís Serra Pa-



● «Encontré detrás de la silla de ruedas de mi hijo un mirador privilegiado de la condición humana»

blo. Lluís, alias Llullu, nació con una severa encefalopatía (parálisis cerebral, en el lenguaje coloquial) que la ciencia neurológica aún no ha clasificado ni logra explicar. Encefalopatía que lo condena «a ser un bebé perpetuo».

Pero más que un salto mortal, *Quieto* es un sabio discurrir narrativo, sin imposturas ni golpes bajos, que avanza sobre la cuerda floja de los sentimien-

tos con la pericia jocosa del funambulista que desdeña la red, pero no olvida el peligro. «Me enfrentaba a un campo de minas entre dos franjas: el victimismo plúmbeo o la frivolidad del efecto *Abeja Maya*», dice Serra consciente de los riesgos. Pero al mismo tiempo la magnitud de la tragedia de Llullu, en primer término, y de su experiencia y la de los seres más cercanos, como su mujer y su hija mayor, «era una evidencia de la que no podía escapar, y de la que no podía dejar de escribir», confiesa.

La valentía del narrador le ganó la partida al pudor de un padre que, a pesar de la discapacidad de su hijo, no ha renunciado a viajar con toda su familia. «La cabeza ya me había hecho clic, pero creo que fueron dos episodios su-

Llullu en plena carrera, gracias a la ilusión óptica del folioscopio reproducido en la obra.

rrealistas italianos, de los que tomé nota en caliente, los que funcionaron como el detonante de este libro», explica Serra. Se refiere a un viaje en hidroambulancia en Venecia y a una agria discusión con una señora genovesa que se oponía a que un niño discapacitado le afeara su restaurante.

En eso consiste *Quieto*, por lo menos en su primera mitad, en un conjunto de episodios difíciles, cotidianos o viajeros, pero nunca exentos de humor. Como aquel en el que Serra, bajo la cúpula del Vaticano, pide una señal al cielo y su hijo se caga literalmente en su patético y oportuno arranque de fe. Episodios no ordenados de manera cronológica, sino temática. «Nunca fui un buen dietarista», se excusa. «Además, Llullu vive fuera del tiempo y la cronología no tenía sentido», añade.

Lo cierto es que el narrador se permite intercalar las situaciones más terribles con las luminosas, «para reafirmar esos momentos humorísticos». Esa estructura «episódica» de los sentimientos «en montaña rusa», dice Serra, «es muy humana». «Todos necesitamos esos puntos de fuga en las situaciones límite», aclara.

Personaje mudo que no evoluciona, Llullu «es el timonel que navega en un dique seco», tanto en el relato o «cuaderno de bitácora» que protagoniza como en la vida real. De ahí que el autor de *Mon Oncle* haya descartado «los episodios más testimoniales» en favor de aquellos «que funcionaban como espejos». «Detrás de la silla de ruedas de mi hijo encontré un observatorio privilegiado de la condición humana», reconoce Serra con humildad. Simplemente por el hecho de que Llullu «atrae las miradas» y «la imagen vertiginosa» de su aislamiento e inactividad cognitiva «genera reacciones ambivalentes que van del desasosiego a la placidez», explica Serra. En definitiva, su imagen es un espejo que refleja a quien lo mira. O, como prefiere el autor, «el reverso del retrato de Dorian Gray», porque todo el que contempla su «invariabilidad» envejece de otra manera.

En suma, se trata de un libro valiente que poco tiene de «terapéutico, o no lo es más que la copa con amigos después del trabajo», dice el autor, que sí reconoce «el efecto catártico que ha tenido la obra». Menos tiene aún de manual para padres en similar encrucijada.

Sin embargo, la obra tiene una gran virtud narrativa en su segunda mitad, la de darle voz a Llullu, quien no la tiene ni nunca la tendrá. «He intentado darle un aliento poético a una paradoja muy porsáica, sobre la fórmula *Je me souviens* de Perec», explica Serra. Llullu repasa sucintamente sobre el final todo lo que narró su padre. Y lo hace porque no lo recuerda, pero justamente «como no lo recuerda nunca lo podrá olvidar».

«Al otro lado del espejo», además, Llullu repasa la fotografía de Jordi Ribó y a la ilusión óptica del folioscopio. ¿Cómo acabar la crónica sin tiempo del que vive el eterno presente y cuyo futuro es incierto? «En el relato Llullu sigue corriendo y correrá siempre», concluye su padre.